

Una Vida Fecunda Dedicada a la Iglesia y a la Patria

AMÉRICO MORETA CASTILLO

A.D.H.

En la madrugada del sábado 13 de abril de 1996, falleció en la ciudad de Santo Domingo uno de los ciudadanos más notables en la Historia Dominicana Contemporánea, Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, cuya participación fue decisiva como pastor de nuestra Iglesia Católica en momentos claves para la aplicación de los postulados del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, en la época de puesta al día entre una iglesia que durante siglos se había expresado en latín y de repente tenía que modernizarse con todas las dificultades de un mundo que cambiaba. El sentido práctico que tuvo en su vida Monseñor permitieron que se desarrollaran las nuevas corrientes, y que no hubiera una ruptura entre la Iglesia tradicional y los nuevos tiempos, su obra y su liderazgo fueron decisivos para llegar en la República Dominicana a lo que es hoy la Iglesia de la Nueva Evangelización.

El 13 de octubre de 1918 nació en la entonces Villa de Salcedo, Hugo Eduardo, hijo de los esposos Pedro María Polanco Salcedo y Ana Balbina Brito Guzmán (Nina), fueron sus hermanos: José Octavio, César, Germán, Paula, Haydée, Ana, Mary y Aquiles. Cursó sus estudios primarios en la Escuela Pública de Salcedo e ingresó en el Seminario Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo en 1933, siendo ordenado sacerdote por Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo de Santo Domingo, el 25 de junio de 1944 en la Catedral Primada, era el año del Centenario de la República y el nuevo presbítero combinaba el amor a la Iglesia por la práctica sacerdotal, y el amor a la Patria reflejado en sus investigaciones históricas.



Continuando su formación académica parte para Roma, donde cursa la Licenciatura en Derecho Canónico en la Pontificia Universidad Gregoriana, siendo investido el 9 de noviembre de 1950. De regreso al país ingresa en la Universidad de Santo Domingo en el Doctorado en Filosofía y Letras, obteniendo el grado académico el 28 de octubre de 1953.

Luego de ser ordenado sacerdote se le encomendó la Secretaría de Unión Misional del Clero el 10 de noviembre de 1944; fue designado Asesor de la Juventud Femenina y Masculina de Acción Católica el 26 de febrero de 1946. El 17 de octubre de 1946 asumió su primer cargo de gran responsabilidad administrativa, se le designó Vicecanciller del Arzobispado de Santo Domingo y Vicario Cooperador de la Parroquia de la Catedral Primada de América; el 4 de abril de 1952 fue designado Procanciller y el 10 de abril de 1952, Vicario Económico de la Parroquia de San José de los Llanos; el 21 de junio de 1952 se le nombró Asesor de la Junta Nacional de Acción Católica; el 21 de abril de 1953 fue designado Director de la Obra Pontificia Vocaciones Sacerdotales; el 6 de agosto de 1953 se le designó Canciller Secretario de la Arquidiócesis de Santo Domingo.

El 25 de septiembre de 1953 fue elegido Obispo; el 31 de enero de 1954 fue consagrado como Obispo Titular de Centenaria y el 22 de julio de 1956 se le designó Primer Obispo de Santiago de los Caballeros, tomando posesión de su sede el 24 de noviembre de 1956, ministerio que desempeñó hasta el 29 de junio de 1966. Dejaba en esa diócesis independientemente de la labor pastoral, el Seminario de Licey al Medio y la actual Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra de la cual fuera fundador y primer Rector de 1962 a 1966.

El 20 de diciembre de 1965 fue designado Administrador Apostólico Sede Plena de la Arquidiócesis de Santo Domingo, tomó posesión el 4 de enero de 1966, y estuvo en esas funciones hasta el 20 de enero de 1970.

A partir del 30 de diciembre de 1965 pasó a administrar el Vicariato Castrense, preocupado siempre por la mejor orientación espiritual de nuestros militares. Desempeñó este cargo hasta el 20 de enero de 1970.

El 14 de marzo de 1966 se le había designado Obispo Titular de Nueva Germania. El 20 de enero de 1970 se le nombró



Titular de Mentesa y Coadjutor de Santo Domingo, hasta el 12 de mayo de 1975 en que se le designa Obispo Residencial de la Diócesis de Nuestra Señora de La Altagracia en Higüey, conservando a título personal su jerarquía de Arzobispo. El 31 de mayo de 1975 tomó posesión hasta el momento de su jubilación canónica en 1995, en que pasó a ser Obispo Emérito de Higüey.

Entre los honores recibidos por Monseñor Polanco, en 1968 fue condecorado con la Gran Cruz Placa de Plata de la Orden de Cristóbal Colón y recibió del Gobierno Francés las Palmas Académicas. Se puede afirmar que fue una de las personas que mantuvo viva la idea de construir el Faro a Colón, pues desde 1968 fue Tesorero del Comité Ejecutivo Permanente del referido monumento. Fue Presidente y Fundador del Instituto Dominicano de Genealogía, y Presidente de la Academia Dominicana de la Historia. En cuanto a las principales obras publicadas por Monseñor Polanco están: Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino (1948); Recuerdos de Familia (1948); Salcedo y su Historia (1954); Novena a San Juan María Vianney (1954); La Parroquia de San José de los Llanos (1958); Calendario Altagraciano (1946-1954); El Concilio Provincial de Santo Domingo y la Ordenación de Negros e Indios (1969); La Iglesia Católica y la Primera Constitución Dominicana (1970); Manuel María Valencia, Político, Poeta y Sacerdote (1970); Fray Ramón Pané, Primer Maestro, Catequizador y Antropólogo del Nuevo Mundo (1974); Peregrinación Dominicana Roma-Tierra Santa (1978); María de Altagracia y Juan Pablo II (1979); La Masonería en la República Dominicana (1985); Los Escribanos en el Santo Domingo Colonial (1989); Historia de Salvaleón de Higüey, Libro III (1994).

Consciente de su rol determinante en la solución de conflictos nacionales, y de la misión de mediación y de protección de los débiles que tuvo que tener la Iglesia en los años sesenta, setenta y ochenta, no hubo una situación de crisis en nuestro país, en que no se le solicitara la presencia, el consejo o la mediación a Monseñor Polanco Brito. Son muchos los dominicanos que le deben la vida a su protección mediadora y oportuna.

Su compromiso con el apostolado fue de tal magnitud, que no obstante sus múltiples ocupaciones, durante varios años,



cada domingo, mientras se desempeñaba como Arzobispo-Obispo de La Altagracia, viajaba al pequeño poblado de El Valle de Sabana de la Mar, actual provincia de Hato Mayor, dentro de su diócesis, a atender las necesidades de esa parroquia en la que faltaba en ese momento la sabia orientación por los caminos de la fe, dejó a El Valle provisto de su nueva iglesia y la fe revivida.

Se preocupó siempre por las vocaciones sacerdotales y logró que los nuevos sacerdotes donde ejerció el gobierno eclesiástico se afianzaran en la fe y en el estudio, entendiendo que la preparación era esencial para enfrentar el mundo de hoy fueron muchos los que encontraron en su ejemplo de entrega a la Iglesia el estímulo para mantenerse en el sacerdocio en momentos en que la vocación flaqueaba.

Como Administrador Apostólico Sede Plena y como Arzobispo Coadjutor de Santo Domingo, dejó sentadas las bases de todo el desarrollo de las distintas jurisdicciones eclesiásticas en el país, y por ejemplo, en la ciudad capital, cuando no se pensaba que iba a existir desarrollo urbanístico en Los Ríos, ya Monseñor Polanco había concebido la parroquia de San Mauricio. Cuando ya quedaba incómodo para el Seminario Santo Tomás de Aquino el antiguo local de la Abraham Lincoln, el Arzobispo Polanco estableció el Seminario en los actuales terrenos de la avenida Sarasota junto a la casa San Pablo de Cursillos.

Monseñor fue siempre obediente a las instrucciones del Sumo Pontífice, y en cada momento optó por concentrarse en la misión que se le hubiera encomendado y creaba en esas situaciones las mejores condiciones, decía: “que ya no pensaba más en lo que había dejado atrás, sino que enfrentaba las nuevas circunstancias”. Tenía una visión positiva de la vida, y gran capacidad de adaptación a los cambios, como debe ser en todo buen cristiano, por eso cuando fue designado como Párroco de San José de Los Llanos, en la época una aldea cercana a San Pedro de Macorís, luego de haber recién llegado de Roma, de la Pontificia Universidad Gregoriana, hizo su labor pastoral con vocación y obediencia, aprovechando para tener contacto con el medio rural, con las raíces del pueblo dominicano.

En toda la República tuvo mucha gente que le respetaba, quería y seguía sus consejos, por eso fue acertado el recorrido



con sus restos por los lugares esenciales de su vida: Santo Domingo, desde la histórica capilla de “El Carmen y Jesús Nazareno”, frente a donde fundaran La Trinitaria, hasta la ciudad de Salvaleón de Higüey donde desarrolló su última labor episcopal; la Catedral Primada y la Academia Dominicana de la Historia, cumbres de su apostolado religioso y cultural. Finalmente, la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, su obra más entrañable, y la catedral de Santiago Apóstol en donde comenzaron sus responsabilidades episcopales y a dónde también estarán sus restos, aunque Monseñor Polanco como ejemplo de buen cristiano, hombre de trabajo, espíritu progresista y conciliador es guía espiritual para todos los dominicanos y en tal virtud, ¡no ha muerto!, ¡vivirá para siempre!

